

# Rosa



Patxi Bisquert

# ROSA



PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA  
Noviembre de 2012

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta  
© DEL TEXTO: Patxi Bisquert

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.  
San Isidro 35-1A  
Código Postal 78  
31300 Tafalla NAFARROA  
Tfno. 948 70 39 34  
Fax 948 70 40 72  
txalaparta@txalaparta.com  
www.txalaparta.com

DEPÓSITO LEGAL  
NA 2024-2012

ISBN  
978-84-15313-38-0

DISEÑO DE PORTADA Y COLECCIÓN  
Esteban Montorio  
FOTO PORTADA: © Andrey Dubinin

MAQUETACIÓN  
Amagoia Arrastio

IMPRESIÓN  
RGM  
Igeltzera poligonoa, 1bis, A1 pab.  
48610 Urduliz - Bizkaia



## PRÓLOGO

COMO CADA AÑO, TAMBIÉN AQUEL, ACUDÍ al cementerio de Santa Isabel, a la, si quieren, absurda ceremonia de visitar a los muertos, si de alguna manera eso puede tener sentido. Más bien visitamos sus tumbas y apenas llegamos a recordar algún rasgo de alguno o alguna de quienes en ellas yacen. Sin embargo, nunca puedo evitar emocionarme mientras cambio las flores del año anterior, o lo que queda de ellas, por otras nuevas, condenadas también a morir desde el mismo momento en que han sido cortadas y reunidas en ramos. Confieso que aquella vez acudí muy temprano, tras una de esas gauspas de otoño, particularmente melancólica. Fui andando, acompañado de un suave sirimiri del que apenas me protegía el pequeño paraguas que había requisado en el penúltimo garito.

Había comprado los ramos. Dos, como cada año, creo que sobre las seis de la mañana, a una chica del Valle de Leniz. No recuerdo su nombre, pero sí su escote sugeri-

do bajo un chubasquero violeta. Cuando llegué, todavía de noche, el cementerio parecía vacío.

Me acerqué a las tumbas de los míos, retiré las flores marchitas del año anterior, derramé un par de lágrimas frente a cada una de ellas llamándome a mí mismo cabrón por no haber tenido el detalle de hacerlo antes y deposité los ramos nuevos en su lugar correspondiente. Todavía envuelto en el sirimiri, me acerqué al montón de restos de ramos, coronas y demás parafernalia fúnebre que se apilaban en un rincón. Hice además de lanzar las flores marchitas al montón, pero me arrepentí. Seguramente por el efecto del alcohol, decidí depositar aquellos restos con cuidado. Así que me agaché y lo vi. ¿Qué era aquello? Extrañado, mire a mi alrededor. Creí ver una sombra moviéndose entre las tumbas.

«Hasss vevido demasssiado», me dije a mí mismo en alto, con la sensación de que pronunciaba las dos bes como uves y las eses me resbalaban.

De aquel montón de vergüenzas recogí una carpeta de plástico. Eso era lo que había llamado mi atención. Después aparté las gotas que de chiripa no se habían colado hasta el interior de la misma, la abrí y le eché una ojeada. Eran unos cuantos folios escritos a mano, con una caligrafía en la que intuí una mano femenina. Me puse la carpeta bajo el brazo, saqué el móvil y quise llamar a un taxi. No tenía saldo.

Para cuando llegué a casa había amanecido. El paseo me había aligerado la carga de etílico, así que me serví un café bien cargado y me puse a leer el manuscrito. Lo acabé de un tirón.

Aquel mismo día, tras apenas dormir un par de horas, me puse a buscar a la misteriosa autora del manuscrito, pues, en efecto, parecía tratarse de una mujer; Rosa, o

Rosiña, gallega ella. Me pareció que con esos dos datos y los lugares concretos que se citan en el relato no me sería difícil. Me equivoqué. No la encontré. Tampoco dí con Martín, el otro protagonista del relato. Quizás los nombres no sean más que máscaras. Si es así, han cumplido su función de ocultar el rostro de los verdaderos protagonistas del narración.

Después de mucho pensar y de darle vueltas y vueltas al asunto, llegué a la conclusión de que el relato tenía su valor, tanto por las vivencias que en él se contaban como por lo que tenía de crónica social del Gasteiz de unos años muy concretos. Lo puse en manos de la editorial Txalaparta y esperé. La respuesta fue que me lo enviaban teclado y con forma de archivo de ordenador. El editor se había tomado la libertad de alterar algunas líneas, incluso párrafos enteros, pero no me importó. No sé si a Rosa, caso de que pueda leerlo, le importará. Por supuesto, puede que hasta nos demande por haber tenido la osadía de publicar su historia, inventarle un título y encima poner mi nombre en portada. Por mi parte estoy deseando que lo haga, para así tener la oportunidad de conocerla. A Rosa. O Rosiña. Las posibles demandas que las atienda el editor, que es, por cierto, el que propuso el título: Rosa.

Sin más, espero, lector, lectora, que su historia, la de Rosa, te interese tanto como me interesó a mí.

PATXI BISQUERT,  
Gasteiz, a 1 de noviembre de 2011.

## INTRODUCCIÓN

ME HA LLEVADO MUCHO TIEMPO TOMAR LA DECISIÓN de escribir este relato. Sé que unos rabiarán y me odiarán aún más, aunque quizás también alguien se alegre o se divierta con él, en cualquier caso no esperaré un minuto más para contar lo que guardo. No es la primera vez que lo intento, he desistido algunas, pero hoy sé también que eso no volverá a ocurrir. Empecé a escribir a partir de irnos a vivir a la casa nueva, en pequeños cuadernos que con el paso de los años adoptaron la forma de diarios. En ellos fui dejando testimonio de ese transcurrir cotidiano del tiempo, los secretos que guardamos, las frustraciones, los anhelos, los amores y desamores, el sexo; sí, sobre todo mucho sobre el sexo.

Una buena y vieja amiga, para quien jamás tuve secretos, tras haber leído sobre «mi primera vez» en el cuaderno, me aconsejaba que escribiera para el concurso de la Sonrisa Vertical.

—Seguro que eres finalista —me decía entre risas.

No estaría mal, pero llego demasiado tarde. Creo que el certamen desapareció hace tiempo, los libros ya no los veo por las librerías. No importa. En este cálido día de cumpleaños ha llegado el momento de retomar el tema de los diarios. Porque hoy es mi cumpleaños. Si bien no quiero desvelar cuántos cumplo. Ha llegado el momento de renacer, de hacer que la sonrisa vuelva a mi rostro, de avivar el deseo en el otro, quizás en mí misma, qué más da, tanto monta. Quiero sentirme guapa, amorosa y ardiente, como siempre fui. Sí, hoy rememoro un diecinueve de marzo bien distinto de aquel otro en que nací. Un diecinueve de marzo, que desde que me desperté ya intuía que iba a ser muy especial y, de hecho, ya lo fue a partir de la mañana, cuando el teléfono rompió a sonar y la inesperada voz de Martín pasó a arrullar mis oídos. Hoy se cumple un año de aquello y he pensado celebrar el aniversario poniéndome a escribir lo que ocurrió a partir de aquella mañana de San José. Y también lo que había ocurrido antes. Y después. Saltando del presente al pasado y del pasado aquel a otros pasados anteriores. Me pongo pues a escribir este lunes de abril, después de la celebración del Aberri Eguna, con Martín todavía en la cama. No sé hasta dónde seré capaz de llegar ni cuántas veces dejaré la escritura para volver a sus brazos. Quizás lo ate a la cama mientras escribo, pues no sé cuánto tardaré en escribir la palabra fin. De momento hoy es 13 de abril de este feliz 1998.

BENDITO SEAS, SANTO JOSÉ, por traerme este espléndido sol que me produce sensaciones gozosas y una especie de hervor interno, una gran vitalidad, como esta primavera que hace estallar de flores los jóvenes capullos llenando de color y aromas la pequeña plaza que tengo frente a mí. Y ¿cómo no? También porque junto al agradable calorcito me trajiste a Martín, meu queridinho e doce Martín dos ollos chineses, no puedo evitar escribirlo en galego, mi lengua íntima, la lengua en la que mentalmente escribía mis diarios y a la que he tenido que renunciar, ya que en galego soy semianalfabeta. Algo que pienso corregir pronto. Pero, al grano.

Avivar el deseo, he dicho. A mí no me hacía falta. Después de la llamada y una vez fijado el lugar y la hora del reencuentro le esperaba ansiosa y nerviosa como adolescente en su primera cita, temerosa de verlo aparecer de repente. Alzaba la mirada hacia el cantón incapaz de centrarme en el periódico abierto ante mí y pensando, al mismo tiempo, en que debiera alejar el pasado definitivamente y volcarme en ese futuro que tampoco

acababa por llegar. Me había hecho a la idea de dejarlo donde quedó y no recordarlo, ni volverlo a revivir. Nunca más. Probablemente hubiera sido lo más sensato y razonable, pero la animal que llevo en el interior se rebela siempre y me vence con facilidad, así que acepté la invitación. No me quedaba otra que aferrarme a la silla incómoda que cojea y esperar pacientemente.

Recordé que, casi siempre, en todas las citas solía retrasarse unos minutos. Y aún faltaban algunos para la hora señalada. Así que no te impacientes, Rosiña –me decía–, tómate otro trago y relájate, estás tensa, y la paciencia es una gran virtud. Obedeciendo a mi conciencia pedí al camarero que me sirviera otro marianito. Cuando regresó con la bebida escuché el esperado tañer de las campanas en la vecina iglesia de San Pedro.

Era la hora, la hora de mi cita, y el corazón empezó a bombear más deprisa aún. Sorbí un poco de vermut, la sequedad de mi boca, pastosa por los nervios, lo agradeció al instante y encendí el tercer cigarrillo de la espera. Escudriñaba de reojo el cantón de San Roque que baja desde la Correría y así, en un correr, mis ojos lo verían. Hermoso. Guapo. Sus ojos, aún más achinados si cabe por el duro sol, me buscan ágiles y quedan quedos, como los míos clavados en él. Nada hay más bello en este mundo que ese instante de acercamiento que ya antes había vivido, feliz y contento por verme.

Me puse de pie a esperarlo, apoyada aún en la mesa. El ritmo acelerado bombeaba la sangre hasta mis cachetes, alegres como manzanas coloradotas. ¡A mis años y ruborosa como una colegiala! Precisamente la imagen que más quería evitar, así que traté de disimular mi ansiedad lo mejor que pude. Hacía más de ocho meses que no tenía noticias de él, desde un casual encuentro

durante las últimas fiestas. Había crecido un poco y también su cuerpo estaba más hecho, no sé, más fornido. Una incipiente barba le sombreaba las mejillas y el recio mentón. Estaba guapísimo, siempre sonriente con sus ojillos achinados, traviosos y picaruelos.

El periódico permanecía abierto sobre la mesa cuando llegó, junto al tabaco, el encendedor y los restos del marianito.

—¿Quieres otro? —preguntó acercándose y ganando mi espalda para simular interés en un artículo del poeta Leopoldo María Panero.

Un ligero roce, o el mero hecho de sentirlo respirar junto a mi cuello, eran razones más que suficientes para provocarme gratos cosquilleos que me arañaban y erizaban la piel. Y cuando su mano, delicada, se apoyó en mi hombro, me fue imposible evitar un escalofrío que enervó mis pezones hasta hacerlos doler.

—Estás eléctrica, Rosiña.

El susurro llegó como una caricia y continuó igual al empezar él a masajear mi cuello y mis hombros. Cerré los ojos y me apoyé sobre el respaldo de la silla dejándome llevar por las sensaciones. Sentía el calor del sol sobre los párpados y separé las piernas para que los rayos penetraran hasta lo más recóndito de mí. ¡Qué maravillosa sensación! Lástima que mi joven muchacho se impacientara e insistiera tanto con la bebida.

—No... no quiero otro marianito. Sácame una coca en botellín.

—Así me gusta, que pases del alcohol. Ten, líate un peta mientras tanto. No tardo.

Me dejó la china con un papelillo, colgó su chupa en el respaldo y se perdió en el Bodegón. Es un niño precioso, pensé, tanto como esta primavera vigorosa.

Esa mañana, al sonar el teléfono, ni se me pasó por la cabeza que pudiera ser él. Jamás nos habíamos llamado antes y aún no sé por qué en esta ocasión tenía que ser diferente. Cumplidor y atento como siempre, me deseó felicidades y sobre todo insistió terco en que nos viésemos. Perpleja y confundida, no supe qué responder. Sabía que verlo era una locura, pero también algo inevitable, algo que intelectualmente no podía dominar o controlar. Me sentía en una especie de nebulosa, envuelta en esa curiosidad que a nada teme. Quería estar una vez más con él por el solo placer de verlo, por saber de él y tenerlo cerca de nuevo. Por todo lo que le eché de menos y por cada lágrima vertida también y, ¿cómo no?, por toda la felicidad sentida en sus brazos.

De repente pensé en mi madre y me la imaginé indignada viéndome allí sentada a la espera, convencida de que yo era una inmadura irresponsable. Y seguro que mi ex añadiría sin dudar que en mi perversión no existía posibilidad alguna de establecer ciertos límites; era su frase preferida cuando todo empezó a desmoronarse. Estaba hecha un lío y no quería pensar en nada. No sé, puede que ambos tuvieran razón, pero yo carecía de voluntad para levantarme y desaparecer. No, no huiría de allí. ¿Huir? Nunca más. Además allí se estaba muy a gusto.

La espera se hizo corta. Encendí el peta, y aspiré el suave aroma del humo. Sabía bien. Tras otra bocanada vi que salía de la oscuridad del Bodegón. Los rayos de sol cubrían su rostro y los ojillos negros aún habían de achinarse más ante la claridad externa. Con todo, llegaba sonriente, tal se fue.

—Salud —dijo, escueto, al tiempo que me ofrecía el botellín.

—Salud, Martín, sé siempre así de saludable —añadió al mirarlo para chocar los frascos y beber. Le pasé el

peta y, al hacerlo, un pequeño temblor de manos siguió delatando mi inseguridad. Martín no parecía darse cuenta de mis nervios; menos mal, todo seguía bien.

Cada vez que lo miraba me hacía la misma pregunta: ¿qué pensará? Me hubiera gustado haber indagado más, entrar en su mente en aquel preciso instante. Miraba y presentía que quería decirme algo, pero al parecer no encontraba las palabras. Sus ojos me decían que me deseaba, aunque sus labios, carnosos, permanecían sellados. Sonrió, me devolvió el peta, y aprovechó el momento para colocar una rebelde crecha tras la oreja.

—Grazas —le dije por el detalle, y de nuevo su contacto en mi piel enervó mis sentidos cual erizo a punto de ser cazado por un predador.

Vestía una holgada camiseta negra de algodón y grabado en ella un anagrama que representa al rayo y la palabra *resiste* escrita en rojo, además de un arete de plata en el lóbulo izquierdo y un fino cordel al cuello del que pendía una pequeña estrella, también de plata. Unos vaqueros raídos, zapatillas deportivas verdes y, como ya he dicho, una chupa de cuero completaba su vestimenta.

—¡Mierda! —solté de pronto.

Distraída en su aspecto estuve a punto de quemarme los dedos con la chicharra. La tiré bien lejos, así que Martín empezó a liar otro.

—¿Qué tal los estudios? —pregunté por decir algo y salir de aquel mutismo; hizo un vago gesto que podría interpretarse de cualquier manera.

—Bien, he aprobado todo y estoy sacándome el carnet de conducir; podremos ir al pantano este verano.

Lo soltó de corrido, con una sonrisa burlona y el ojo izquierdo todavía más achinado por el sol que le alcanzaba pleno.

—¡Estás loco! —exclamé también por decir algo, contenta y feliz por lo que acababa de oír.

Pero ninguna felicidad es eterna, solo existen los pequeños instantes.

—¿Qué te gustaría hacer ahora? —preguntó a continuación, sin ni siquiera levantar la vista de la china que calentaba en su mano y observar así mis ojos ávidos de confianzas.

¡Ay, Martín, Martiño...! ¿Por qué me interrogas así? ¿No aprendiste aún a observar y obviar? No necesitas preguntar para saber lo que deseo, deseas. El tema no es ese, ¿verdad?, sino qué haré yo. Esa es la única duda que pretendes aclarar con subterfugios, saber si me tendrás o no. Puedo escucharlo en tu silencio.

«¿Sabes lo que quiero, Rosiña? Lo supiste siempre; quiero deleitarme en cada fuente de placer que un día abriste para mí, decídetelo ya y llévame cuanto antes a tu nido. Los abuelos esperan a que vaya a comer, toca banquete familiar. Ya sabes, el rollo ese del día del padre. Pero podría colar una excusa y llamarlos».

«Sí, meu queridiño neno grande, no necesitaba que fueras tan explícito para saber lo que te traía a mí, pero ¿por qué así, de manera tímida? ¿Por qué no eres por una vez adulto conmigo?».

Complicados humanos. Creo que es lo que más acertadamente nos define. De lo contrario, ¿cómo entender, precisamente, que ocultemos los deseos más íntimos a las personas con quienes más deseamos intimar y compartir? En fin, cousas da vida, que diría Castelao.

Y yo erre que erre con mis reproches mentales. Si esa cálida mañana no hubiera llamado, tampoco yo estaría allí planteándome estas vainas. Pero conseguiste no sé cómo mi teléfono para despertarme de un

pesado sueño. Querías felicitar me, pero sobre todo querías cabalgarme, y aunque no quisieras manifestarlo de forma tan zafia, tus ojos no mentían y la temprana voz mañanera tampoco lo hizo. Y quiero que sepas que ya ardo aunque no sientas lo húmeda que estoy, pero, contéstame, dime ¿por qué, precisamente ahora que mi vida se ha hecho anodina, asomas tus ojillos chinos si no es para confundirme? Y si estoy equivocada y no es así, ¿por qué no me lo pides abiertamente? Sin pudores. Jamás los hubo antes, ¿acaso lo has olvidado? Si es esta la locura que necesitamos para sentirnos plenos, ¿para qué andarle con rodeos? ¿Por qué no vuelves a acariciar mi orejilla? ¿Acaso no quedan ya crechas rebeldes que recoger? Pues, despéiname entonces, ¿a qué esperas?

—Te echaba de menos —me sacó de mi abstracción.

Sus labios vacilaron un poco al decirlo, pero la serena expresión de su rostro me sugería que estaba siendo sincero. Me encanta su mirada. Bastante antes de tenerlo en mis brazos ya me habían prendido sus ojos. Son como imanes escondidos que atraen sin proponérselo.

Martín me ofreció el peta recién liado mientras se acercaba a mi lado.

—Me molesta el sol —dijo.

Sonó a dulce disculpa.

Aproveché el momento para doblar de una vez el periódico y dejarlo sobre la mesa. Un vecino se apoderó rápido de él. Del periódico quiero decir, no de mi querido Martín, que seguía aún esperando ansioso por su pregunta. Pero en lugar de eso contraataqué a la galega.

—¿Qué te gustaría hacer a ti?

Tan solo pretendía sonrojarlo un poco, estaba tan guapo cuando le pasaba. Me gusta su lado tímido. Pero

una vez más me sorprendió con una serenidad que no esperaba. Sin balbuceo alguno, con voz segura y sincera.

—Quisiera no separarme de ti nunca más.

Le miraba a los ojos y sabía que no engañaban. Los míos los sentía casi llorosos de emoción contenida. Aún así sonreí agradecida y queriéndole más que nunca. Un largo sorbo del botellín consiguió que la emoción se perdiera entre las burbujas.

—Pues, si quieres puedo adoptarte —propuse, tratando de ser divertida, mientras acariciaba su mejilla y percibía al tacto la suave e incipiente barba que sombreaba las bonitas facciones de su rostro—. Serás un hombretón muy guapo —añadí, y él sonrió contento.

—Bastará con que me quieras un poco, no necesitamos nada más.

Seguía estando convincente. Y como el sol seguía calentando mis muslos, empecé a sentir la flojera de la lasitud y el corazón que bombeaba deprisa.

—Vamos a por el pan, Martín —me sorprendieron mis propias palabras.

SEGÚN A MIÑA NAI YO NACÍ TAL DÍA COMO HOY a las ocho de la mañana y, en lugar de venir al mundo con un pan bajo el brazo, como dicen que llegan todos los bebés, yo lo hice acompañada de blancos copos de nieve. Sé que no es lo mismo, pero como para compensarlo siempre me agradó el refrán que dice «Año de nieves, año de bienes». Afortunados copos de nieve que cubrieron en un santiamén los huertos y verdes campos de Cabreiroá, a miña aldea, rica en manantiales de agua cristalina, ubicada entre Verín y la *frontera* portuguesa. Añórolo moito, siento eso que nosotras llamamos morriña, palabra para la que no encuentro traducción. Y así, aunque intento escribir en mi mal castellano, pero castellano al fin y al cabo, no puedo evitar que mi lengua primera, el galego, se me mezcle con las otras. Hasta con el euskera, aprendido más tarde que el castellano, bien es cierto. La lengua que mamá es el galego. Desde que nací, un día que nevaba.

Vine al mundo, pues, rodeada de un manto blanco a las mismas puertas de la primavera, el día que festejamos al santo José. Aunque fui bautizada como Rosa María, en lugar de Josefa –que a tenor de la época pareciera más lógico–, o incluso Nieves, o Blanca... En fin, Rosa María. Como a mí no me gusta el añadido María, que me perdona el casto José, me quedo con Rosa a secas, o cariñosos derivados como Rosaniña, Rosaura, o Rosiña, dependiendo de quién me lo diga.

Tenía nueve años cuando dejé atrás definitivamente la casiña, los manantiales y los verdes prados de la aldea, bañados por las mansas aguas del Támeiga que discurre apacible, sinuoso como una serpe, nutriendo sus riberas a lo largo del valle. Fue pasado ya el verano, duro como ningún otro que yo recordara.

En aquel seco y caluroso verano, mis padres hablaron mucho de trabajo y de futuro. Madre también hablaba de la escuela, aunque o pai decía que eso podía esperar. Lo importante era el trabajo y, sobre todo, el futuro. Yo no entendía nada. Porque trabajo sí que había, pues no se paraba de faenar, hasta para mí siendo tan niña. Deduje por tanto que lo que no debía de haber era futuro, y por eso nos vimos obligados a emigrar a la España del desarrollo, donde al parecer sí que había y que, desde luego, debía estar bien lejos de Cabreiroá. España y Galiza, secularmente tan distantes.

Vendimos la única vaca que teníamos, Limiá, y los pocos aperos de labranza para hacernos con algo de dinero.

—Un capitalito para empezar –decía o pai.

La casa la dejamos sin más, ya que no era nuestra. A nai embaló en un par de cajas de cartón las escasas pertenencias y en la vieja maleta de madera metió la ropa con

la que iniciaríamos la nueva vida. Cargamos todo hasta la parada del autobús a lomos de Chata, la vieja borrica. Allá se quedó con los ojillos tristes y legañosos llenos de moscas, bien sujeta por el vecino que en adelante sería su dueño, mientras nosotros subíamos al autobús que nos llevaría hasta la capital ourensana. Como no sabía qué hacer, empecé a llorar, hasta que a miña nai me consoló con bonitas palabras y una dulce galleta de anís.

El autobús pasaba por Cabreiroá tan solo una vez por semana y nunca antes había montado en él. Pero lo que de verdad me sorprendió fue cuando llegamos a la estación y vi el tren, tan largo. Miraba aquellas extrañas ruedas de hierro y no entendía cómo aquel gigante de hierro podía andar sin caerse sobre aquellos raíles tan estrechos. Jamás hubiera imaginado que, a mi pesar, habría de montar un día en ambos por primera vez. Cousas da vida, que diría Castelao.

El calor en el interior del tren era insoportable, aun con las ventanillas abiertas, pero como todo era tan nuevo para mí, no me molestaba en absoluto. Sobre todo durante las primeras horas. Estaba sorprendidísima, todo me llamaba la atención. Después de aquella primera parte del viaje, lleno de sorpresas, llegó el cansancio. A la incomodidad de los duros asientos se sumaba lo apretujados que íbamos, y las horas se fueron haciendo largas y monótonas. Sin embargo, yo seguía emocionada por el paisaje.

A ratos el tren parecía moverse colgado en el aire, bordeando el Sil por angostos desfiladeros entre robles y centenarios castaños. Ahí la máquina debía aminorar la marcha ya de por sí tranquila, mientras atravesábamos interminables túneles en las entrañas del Bierzo para alcanzar Astorga.

—Tierra de Maragatos —recuerdo que comentó alguien al llegar allí.

Luego, y a medida que nos acercamos a León, el paisaje fue cambiando, con los campos recién segados y las pacas de paja diseminadas por él. De vez en cuando mis ojos se encontraban con grupos de segadores, hoz en mano, bajo la dura solana de la tarde, rodeados de grajos y cuervos revoloteando en busca de grano. El páramo triste, el hastío, el cansancio, hicieron que me quedara dormida en el regazo de miña nai. Tras aquel sueño reparador me desperté sudorosa. El insoportable calor y el lento pero constante traqueteo del tren malhumoraba a la gente haciéndola discutir y pelear por cualquier nimiedad.

Me invadía una gran tristeza, y no sabía por qué, y empecé de nuevo a llorar. Pensaba en la casiña que habíamos dejado atrás para siempre, en la vaca Limiá pastando la rica hierba, o en jugar con los gatitos que también abandonamos en el pajar. Qué suerte tienen ellos de no precisar futuro, pensaba yo, cansada de tanto tren y con la morriña mordéndome las entrañas. El viaje empezaba a hacerse eterno.

Por fin, o pai, tras cruzar el tren un puente en Miranda de Ebro, guardó en el bolsillo de su chaqueta raída el papel que consultaba cada vez que llegábamos a una estación. Se levantó, hizo una adusta seña a madre apremiándola, cargó la pesada maleta hasta el descansillo y volvió sofocado a por las dos cajas de cartón.

—Apura, muller; chegamos —insistió mientras nai limpiaba mi carita sudorosa y sucia con un pañuelo y trataba de arreglar un poco el desaliño de mi rebelde cabello.

Fuimos los primeros en salir al descansillo, en el que poco a poco iban amontonándose otros. Tocaba cambio

de tren. Quedaba una hora más para llegar a Vitoria, a las Vascongadas, como decía pai; a la España del futuro y el desarrollo, que decía la propaganda franquista. Futuro que había desaparecido de Cabreiroá, en la hermosa verde-azulada Galiza. Aquella hora sí que se me hizo corta. Me parecía que el tren se deslizaba cuesta abajo, como si buscara quitarnos de encima dejándonos cuanto antes en nuestro destino.

Por fin llegamos. Asida al faldón de mi madre recorrí el sombrío andén y un pequeño vestíbulo antes de abandonar la estación y quedarme boquiabierto contemplando la belleza de las elegantes casonas y las ricas fachadas de la calle Dato. Sus bonitos miradores con celosías de cortinas blancas y maceteros de geranios rojos que engalanaban forjados balcones de hierro. Es la primera imagen que me impactó en esta bella ciudad. Os ollos ben abertos ante lo novedoso. O pai, de nuevo con el sobado papel en la mano, se acercó a un barrendero con chapa numerada en la boina que descansaba junto al carrito y al escobón a la sombra de una encina.

—Buenas tardes. ¿Por ande hay que ir pa' la Plaza los Patos?

El buen hombre le miró de arriba abajo, luego se quitó la boina, y tras secarse el sudor de su frente con la misma, se la volvió a poner antes de contestar:

—¡Pues, verá usted! Calle abajo hasta la final... Hasta la arcada que da al ayuntamiento... Y a luego izquierda verá usted la Virgen Blanca, una plaza muy majica... Allí, tiene que pedir por la calle Herrería... Y a luego de ahí no hay pérdida. Siga recto hasta el final y encontrará la Fuente Dos Patos.

—¿Está lejos? —preguntó o pai, mientras nai y yo nos acercamos hacia ellos.

El buen hombre se volvió para mirarnos y prosiguió, gesticulando con las manos.

—¡Bah!, así, así, a paso ligero... entre diez y quince minutos, pero van ustedes muy cargaus y con esta solana que pega... —dejó la frase en suspenso, gesticulando sus dudas con la cabeza y las manos a la vez.

O pai se despidió agradecido, volvió a guardar el papel en el bolsillo, cargó una de las cajas de cartón sobre el hombro y agarrando con fuerza la pesada maleta con la mano libre, comenzó a andar cansino calle adelante. De pronto escuchamos ruidos de cohetes, al principio me sobresalté, mirando extrañada a nai, firmemente agarrada a sus faldones.

—¡No te asustes niña! Estamos de fiestas en honor a la Virgen y podrás conocer a Zeledón, ya verás cómo te gusta —dijo nuestro informador a nuestras espaldas.

Giré mi cabeza hacia el barrendero que se había vuelto a quitar la boina para secarse el sudor y vi que me sonreía. Yo también sonreí, por primera vez en muchos días.

Ayudé a miña nai a cargar la otra caja sobre la cabeza, apenas protegida por un pequeño trozo de tela enrollada. Sin soltar en ningún momento el faldón, avancé torpemente tras ella, trastabillando constantemente por desviar mis ojos hacia los golosos escaparates de pastelerías y comercios lujosos, en lugar de hacerle caso para que mirara donde pisaba y evitar así tropezones o choques con quien viniera de frente.

Íbamos despacio hacia nuestro destino. Las dos cajas de cartón y la maleta pesaban mucho, y era necesario descansar cada pocos metros. A nai tenía el vestido completamente empapado del sudor que bajaba por sus mejillas y su cuello. Era un sudor muy diferente al de las

gentes que nos cruzábamos a nuestro paso, saltando y cantando. La fiesta nos rodeaba, cuadrillas de chicos y chicas, familias enteras con pañuelos anudados al cuello, avanzaban por la calle tras músicas que sonaban: acordeones, atabales, txistus o trompetas. Los cohetes seguían surcando los cielos y tronando en las animadas calles. La gente nos miraba al pasar y yo les sonreía hipnotizada. Llegamos a la plaza de la Virgen Blanca y me pareció aún más bonita que lo dejado atrás, pero la atravesamos rápido. Allí arriba se veían calles en sombra. Llegamos a la calle de la Herrería, entonces para mí desconocida. Apetecía su frescor. Sentí que era auténtico y puro. Luego supe que se debía a que solo recibe el sol cuando se sitúa sobre su vertical. No sentíamos ya el asfixiante bochorno y, además, a lo largo de la calle varias fuentes de agua eran una invitación muy deseable a refrescarnos y realizar pequeños descansos, mientras la fiesta seguía a todo lo largo y ancho de la calle.

Algo así como una hora después de abandonar la estación, llegamos a la Fuente Dos Patos, como lo había llamado el simpático barrendero, y no Plaza de los Patos, como erróneamente creyó o pai. Miró perplejo hacia el cartel que disipaba cualquier duda mientras se rascaba la cabeza y dirigía sus pasos hacia el bar, entonces Orense y hoy Ourense, que tenía anotado en el maltrecho papel. A nai y yo nos sentamos en un banco a la sombra de frondosos plátanos, suspiramos al unísono, me regaló una sonrisa triste y quedamos a la espera.

Habíamos llegado al futuro apenas dieciocho horas después de haber cargado la borrica Chata en Cabreiroá del alma. No es mucha la distancia en el tiempo, pero tampoco el tiempo es igual en la distancia, siempre nos aleja más. Como a tantos galegos tamén a nós. Somos

tierra sin futuro, lo dice o pai y otros muchos como él, y así lo viven aún hoy en día los pocos jóvenes que quedan en las cada vez más abandonadas aldeas asoladas por la emigración.

Hay quien insiste de manera romántica en atribuir a nuestro pueblo, por su carácter celta, una particular tendencia a emigrar, como si una poderosa fuerza telúrica nos empujara a partir de los húmedos y verdes valles de la infancia hasta los más lejanos y recónditos países. Yo más bien creo en aquello que con mucho retruécano y no menos verdad nos dejó dicho Xulio Camba: «Cando vostede vexa un celta migratorio ofrézcalle unha pataca, e acto seguido convertirao nun europeo sedentario. As razas aventureiras sono por falta de patacas, por falta de pan, por falta de liberdade».

A nosotras no nos sobraban los cachelos, la berza o las nabizas. Tampoco el pan, pero comíamos todos los días y hasta teníamos suficiente leche gracias a Limiá. Yo era feliz correteando tras os paxaros cuando abandonaban el nido, imitaba sus sonidos silbando con ellos. Y no echaba en falta la libertad, hacía lo que debía de hacer y el resto lo que quisiera mi albedrío, nada ni nadie se interponía, siempre he sido muy cabezota. En cuanto a la falta de futuro, Camba no nos hablaba de ello, pero según o pai, también era razón más que suficiente para emigrar, para aventurarnos en esa odisea que empiezo a recordar ahora. Y de la que me he alejado un tanto. Así pues estábamos a nai y yo sentadas en aquel banco, junto al Bar Orense, esperando que llegara o pai.

Al cabo de un rato vimos que o pai salió a la calle acompañado de un señor gordo que mostraba con orgullo dos brillantes colmillos de oro, uno a cada lado del

labio superior. Abrazó muy efusivo a nai y, no me cabía la menor duda, le mintió al excusarse por no ir a su encuentro a la estación. Entonces me di cuenta que la uña de su dedo meñique era larguísima. Se rascó con ella el cogote seboso, y sentí como una sensación de náusea, asco y miedo a la vez. Creo que tuve hasta un escalofrío al verla, o tal vez fue luego al pellizcarme los cachetes con ásperos nudillos. No sé... ¡Qué más da! Retrocedí un poco refugiándome tras el faldón de a miña nai.

—Rapaza, ¿así recibes al tío Paco?

—¡Anda! dame un bico que non te vou comer.

Obedecí temerosa de que lo hiciera.

El tío Paco vivía muy cerca de allí, en la calle Santo Domingo con su mujer, Maruja, y dos hijos, mis primos, de cuyos nombres no quiero acordarme. Él, un año y medio mayor que yo, y gordo como su padre. Ella, una pequeña que aún mamaba y había que cambiar de pañales de cuando en vez. Cosa que en adelante tendría que hacer yo en incontables ocasiones, ya que empezamos a vivir desde aquel momento en la pequeña habitación con derecho a cocina que el hermano generoso de a miña nai nos había realquilado.

Aquella vieja casa de dos habitaciones, más una alcobita ciega donde dormían los primos y un aseo que parecía una estrecha caja puesta de pie, era bastante más pequeña y fea que la casiña abandonada en Cabreiroá. Y allí aguantamos tres largos años, casi cuatro, hasta que a miña nai embarazó de nuevo. A los pocos meses de nacer mi hermana compramos la casa nueva en un bloque de ladrillos rojos que construyeron junto al cementerio de Santa Isabel en Zaramaga, el arrabal vitoriano de entonces. Tampoco es que fuera muy grande, aunque nos parecía un palacio en comparación. Tenía una habi-

tación más y ninguna era ciega, había mucha luz, una cocina enorme, y un pasillo largo donde correr o jugar los días de frío y lluvia. Pero sobre todo, lo que más enorgullecía a miña nai, era el baño.

—Completo y con espello grande —como decía, espejo que reflejó el gozo de verla sonreír de nuevo.